

S. EUSEBII HIERONYMI STRIDONENSIS PRESBYTERI INTERPRETATIO HOMILIARUM DUARUM ORIGENIS IN CANTICUM CANTICORUM.

Prólogo. AL BEATÍSIMO PAPA DAMASO JERÓNIMO.

499-500 Orígenes, quien en los demás libros ha superado a todos, en el Cantar de los Cantares se ha superado a sí mismo. Pues, habiendo completado diez volúmenes, que casi alcanzan los veinte mil versos, primero los Setenta Intérpretes, luego Aquila, Símaco y Teodoción, y finalmente la quinta edición, que escribe haber encontrado en la costa de Actio, lo expone de manera tan magnífica y clara, que me parece que en él se ha cumplido lo que se dice: "El rey me introdujo en su cámara" (Cant. I, 3). Por lo tanto, dejando de lado esa obra, porque requiere un gran ocio, trabajo y gastos, para traducir al latín cosas tan grandes y una obra tan digna, he interpretado fielmente más que elegantemente estos dos tratados, que compuso al modo del lenguaje cotidiano para los pequeños aún lactantes, ofreciéndote un gusto de sus sentidos, no alimento; para que adviertas cuánto deben ser valoradas aquellas cosas que son grandes, cuando pueden agrandar así las que son pequeñas.

HOMILÍA PRIMERA.

501 Así como aprendimos por Moisés que hay cosas no solo santas, sino también santas de las santidades; y otras no solo sábados, sino también sábados de los sábados; así ahora se nos enseña, escribiendo Salomón, que hay cosas no solo Cantares, sino también Cantares de los Cantares. Bienaventurado ciertamente aquel que entra en las cosas santas, pero más bienaventurado el que entra en las santas de las santidades. Bienaventurado el que celebra los sábados, pero más bienaventurado el que celebra los sábados de los sábados. Bienaventurado igualmente aquel que entiende los cantares y los canta. Nadie, en efecto, canta sino en las solemnidades; pero mucho más bienaventurado aquel que canta los Cantares de los Cantares. Y así como el que entra en las cosas santas, aún necesita muchas cosas para poder entrar en las santas de las santidades: y el que celebra el sábado, que fue establecido por el Señor para el pueblo, aún tiene muchas 502 cosas necesarias para celebrar los sábados de los sábados: de la misma manera es difícil encontrar a alguien que, recorriendo todos los cantares contenidos en las Escrituras, pueda ascender a los Cantares de los Cantares. Debes salir de Egipto, y habiendo salido de la tierra de Egipto, atravesar el Mar Rojo, para que puedas cantar el primer cántico diciendo: "Cantemos al Señor, porque se ha glorificado grandemente" (Éxodo XV, 1). Aunque hayas dicho el primer cántico, aún estás lejos del Cantar de los Cantares. Recorre la tierra del desierto espiritualmente, hasta que llegues al pozo que cavaron los reyes (Números XXI), para que allí cantes el segundo cántico. Después de esto, llega a las cercanías de la Tierra Santa, para que, estando en la ribera del Jordán, cantes el cántico de Moisés, diciendo: "Escucha, cielo, y hablaré, y oiga la tierra las palabras de mi boca" (Deuteronomio XXXII, 1). Nuevamente tienes la necesidad de militar bajo Josué, y poseer la Tierra Santa 503 como herencia, y que la abeja te profetice, y la abeja te juzgue, Debbora significa abeja: para que puedas aprender también aquel cántico que se contiene en el libro de los Jueces (Jueces V). Ascendiendo luego al volumen de los Reyes (II Samuel XXII), llega al cántico, cuando David fue liberado de la mano de todos sus enemigos, y de la mano de Saúl, y dijo: "El Señor es mi roca, mi fortaleza, mi refugio y mi libertador" (Salmo XVII, 1). Debes llegar a Isaías, para que con él digas: "Cantaré un cántico a mi amado sobre su viña" (Isaías V, 1). Y habiendo pasado por todo, asciende a cosas más altas, para que puedas, alma hermosa, con el esposo, cantar este Cantar de los Cantares.

No estoy seguro de cuántas personas consta. Sin embargo, orando ustedes, y revelando el Señor, me parece haber encontrado cuatro personas en estos, el hombre y la esposa, con la

esposa las jóvenes, con el esposo los grupos de compañeros. Algunas cosas son dichas por la esposa, otras por el esposo, algunas por las jóvenes, algunas por los compañeros del esposo. Es apropiado, en efecto, que en las bodas haya una multitud de jóvenes con la esposa, y una multitud de jóvenes con el esposo. No busques todas estas cosas fuera: no fuera de aquellos que han sido salvados por la predicación del Evangelio. Entiende a Cristo como el esposo: a la Iglesia como la esposa sin mancha ni arruga, de la cual está escrito: "Para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino que sea santa e inmaculada" (Efesios V, 27). A aquellos que, aunque son fieles, no son sin embargo de este tipo, como el discurso ha dicho, pero que parecen haber alcanzado la salvación de alguna manera: observa las almas de los creyentes, y que las jóvenes están con la esposa; a los ángeles y a aquellos que han llegado a ser hombres perfectos, entiende que son hombres con el esposo. Por lo tanto, me parecen cuatro órdenes, uno y una, dos coros cantando entre sí, la esposa cantando con las jóvenes, el esposo cantando con los compañeros. Y cuando hayas entendido esto, escucha el Cantar de los Cantares, y apresúrate a entenderlo, y con la esposa decir lo que dice la esposa, para que escuches lo que escuchó también la esposa. Si no puedes decir con la esposa lo que dijo, para que escuches lo que se dijo a la esposa: apresúrate al menos a ser con los compañeros del esposo. Pero si eres inferior a ellos, sé al menos con las jóvenes que permanecen en las delicias de la esposa. Estas, en efecto, en este libro son personajes tanto de fábula como de epitalamio, del cual también los gentiles se han apropiado el epitalamio, y se ha asumido un poema de este tipo. El Cantar de los Cantares es ciertamente un epitalamio. Primero la esposa ora: y de inmediato en medio de las oraciones es escuchada: ve al esposo presente, ve a las jóvenes unidas a su séquito. Luego le responde el esposo, y después de las palabras del esposo, mientras él sufre por su salvación, responden los compañeros, hasta que el esposo está en reposo, y se levanta de la pasión, prometiendo hacer algunos adornos para la esposa. Pero ya es hora de poner las palabras mismas, en las que primero se escucha la voz de la esposa suplicante.

Que me bese con los besos de su boca (Cant. I, 1). Este es el sentido: ¿Hasta cuándo mi esposo me enviará besos a través de Moisés, me enviará besos a través de los profetas? Ya deseo tocar sus labios, que él mismo venga, que él mismo descienda. Por lo tanto, ora al Padre del esposo y le dice: "Que me bese con los besos de su boca". Y porque es tal, que se cumple sobre ella aquello profético, en el que se dice: "Aún mientras hablas, diré, aquí estoy" (Isaías LVIII, 9), el Padre del esposo escucha a la esposa, envía a su Hijo. Viéndolo ella, cuyo advenimiento suplicaba, cesa de orar, y le habla de cerca: "Porque tus pechos son mejores que el vino: y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas". El esposo, Cristo, enviado por el Padre, viene ungido a la esposa, y se le dice: "Amaste la justicia, y odiaste la iniquidad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría, más que a tus compañeros" (Salmo XLIV, 8). Si el esposo me toca, también yo seré de buen olor: y también yo seré ungida con ungüentos, y hasta mí llegarán sus ungüentos [Al. llegarán], para que pueda decir con los Apóstoles: "Somos buen olor de Cristo en todo lugar" (II Cor. II, 15). Pero nosotros, cuando escuchamos estas cosas, aún olemos a pecados y vicios, de los cuales el profeta penitente habla: "Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices, a causa de mi insensatez" 505 (Salmo XXXVII, 4). El pecado es de olor pútrido [Al. pútrido]: la virtud exhala ungüentos, cuyos tipos relee en Éxodo. Encontrarás [Al. encontrarás] allí estacte, onicha, gálbano, y los demás. Estos son para el incienso. Luego, para la obra del perfumista se toman varios ungüentos, entre los cuales está el nardo y el estacte. Y Dios, que hizo el cielo y la tierra, habla a Moisés, diciendo: "Yo los llené de espíritu de sabiduría e inteligencia, para hacer obras de arte perfumista" (Éxodo XXXV y XXXVI). Y Dios enseña a los perfumistas.

Si estas cosas no se entienden espiritualmente, ¿no son acaso fábulas? Si no tienen algún secreto, ¿no son indignas de Dios? Es necesario, por lo tanto, que quien sabe escuchar las Escrituras espiritualmente, o quien ciertamente no lo sabe y desea saberlo, se esfuerce con todo trabajo, para no vivir según la carne y la sangre, para que pueda hacerse digno de los secretos espirituales, y para que diga algo más audazmente, de deseo o amor espiritual. Si bien hay también un amor espiritual. Y así como hay un alimento carnal, y otro espiritual, y otra bebida de la carne [Al. carnal], otra del espíritu: así hay un amor carnal que viene de Satanás, otro amor del espíritu, que tiene su origen en Dios. Y nadie puede ser poseído por dos amores. Si eres amante de la carne, no puedes captar el amor del espíritu. Si has despreciado todas las cosas corporales, no digo carne o sangre, sino también plata y posesiones, y la misma tierra, y el mismo cielo (pues estas cosas pasarán), si has despreciado todas estas cosas, y tu alma no está atada a ninguna de ellas, ni eres retenido por el amor de ningún vicio, puedes captar el amor espiritual. Esto porque se presentó la ocasión de decir algo sobre el amor espiritual. Nos conviene, sin embargo, guardar el precepto de Salomón, y más aún de aquel que hablaba a través de Salomón sobre la sabiduría, diciendo: "Ámala, y te guardará: rodéala, y te exaltará: hónrala, para que te abrace" [Al. abrazará] (Proverbios IV, 8). 506 Hay un cierto abrazo espiritual: y ojalá suceda que el abrazo más alto del esposo incluya a mi esposa, para que yo también pueda decir lo que está escrito en el mismo libro: "Su izquierda esté bajo mi cabeza, y su derecha me abrace" (Cant. II, 6).

Por lo tanto: "Que me bese con los besos de su boca". Es costumbre de las Escrituras poner el modo imperativo por el optativo, como allí: "Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre", por "ojalá sea santificado": y ahora en el presente: "Que me bese con los besos de su boca", por lo que es, "ojalá me bese". Luego contempla al esposo: viene ungido con ungüentos. No podía venir de otra manera a la esposa, ni era apropiado que el Padre enviara al Hijo a las bodas de otra manera. Lo ungió con varios ungüentos, lo hizo Cristo: vino exhalando diversos olores, y escucha, "porque tus pechos son mejores que el vino". El discurso divino nombra una misma cosa, según la calidad de los lugares, con diferentes vocablos. Cuando se ofrece una ofrenda en la Ley, y quiere mostrar el entendimiento, se refiere al pecho de separación. Pero cuando alguien se recuesta con Jesús, y disfruta de la comunión de sus sentidos, no se refiere al pecho como antes, sino que se dirige al pecho. Sin embargo, cuando la esposa habla al esposo: porque se introduce un cántico nupcial, no se nombra el pecho como en el sacrificio, ni el pecho como en el discípulo Juan: sino que nombra los pechos, diciendo: "Porque tus pechos son mejores que el vino". Comunica, como esposa, con los sentidos del esposo, y sabrás que tales pensamientos embriagan y alegran. Así como el cáliz del Señor embriagante es muy bueno (Salmo XXII): así los pechos del esposo son mejores que todo vino, "Porque tus pechos son mejores que el vino". En medio de las oraciones dirige las palabras al esposo: "Y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas". No con uno, sino con todos los ungüentos viene el esposo ungido. Si también a mi alma hecha su esposa se dignará venir, ¡cuán hermosa debe ser para atraerlo del cielo hacia sí, para hacerlo descender a la tierra, para que venga al amado! ¡Con qué hermosura debe ser adornada, con qué amor debe arder, para que le hable de ella, que habló a la esposa perfecta: "Porque tu cuello, porque tus ojos, porque tus mejillas, porque tus manos, porque tu vientre, porque tus hombros, porque tus pies" (Cant. IV y ss.)! de los cuales, si el Señor lo concede, discutiremos: cómo se varían los miembros de la esposa, y se dice diversa alabanza de cada parte, para que después de la discusión, también nos esforcemos por que se diga de nuestra alma de manera similar. Por lo tanto, "Porque tus pechos son mejores que el vino". Si ves al esposo, entonces entenderás que es verdad lo que se dice: "Porque tus pechos son mejores que el vino, y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas". Muchos han tenido aromas. La reina del sur trajo aromas a Salomón, y muchos otros poseyeron aromas:

pero aunque alguien tenga cuantos quiera, no pueden compararse con los olores de Cristo, de los cuales ahora la esposa dice: "El olor de tus ungüentos sobre todos los aromas". Yo creo que también Moisés tuvo aromas, y Aarón, y cada uno de los profetas. Pero si veo a Cristo, y percibo la suavidad de sus ungüentos y su olor, inmediatamente emito el juicio, diciendo: "El olor de tus ungüentos sobre todos los aromas". Tu nombre es un ungüento derramado, es un sacramento profético. Solo el nombre de Jesús vino al mundo, y el ungüento se proclama derramado. En el Evangelio también una mujer tomando un alabastro de ungüento de nardo puro y precioso, ungió la cabeza y los pies de Jesús (Mateo XXVI, y Marcos XIV). Observa cuidadosamente lo que de las dos derramó sobre la cabeza del Salvador. Si la pecadora lo derramó sobre los pies, y aquella que no se dice pecadora, lo derramó sobre su cabeza (Lucas VII, y Juan XII). Observa, digo, y encontrarás en la lectura evangélica no fábulas y narraciones de los evangelistas, sino misterios escritos. Por lo tanto, la casa fue llena del olor del ungüento, si lo que la pecadora tuvo, se refiere a los pies: y si lo que aquella que no es pecadora, se refiere a la cabeza (Ibid.). No es de extrañar que la casa estuviera llena de olor, cuando el mundo está lleno de esto. Se escribe en el mismo lugar sobre Simón el leproso y su casa (Marcos XIV; Lucas VII). Yo creo que el leproso es el príncipe de este mundo [Al. es el príncipe], y que este leproso se llama Simón, cuya casa fue llena de suave olor a la llegada de Cristo, actuando la pecadora en penitencia, y la santa perfumando la cabeza de Jesús con los olores del ungüento.

Tu nombre es un ungüento derramado. Así como el ungüento que con su derramamiento esparce su olor lejos y ampliamente, así el nombre de Cristo ha sido derramado. En toda la tierra se nombra a Cristo, en todo el mundo se proclama al Señor. Pues el ungüento ha sido derramado su nombre. Ahora se escucha el nombre de Moisés, que antes estaba encerrado solo en las estrecheces de Judea. Pues ningún griego lo menciona, ni en ninguna historia de las letras gentiles encontramos algo escrito sobre él o los demás. Tan pronto como Jesús brilló en el mundo, sacó consigo la Ley y los Profetas, y verdaderamente se cumplió, "Tu nombre es un ungüento derramado". Por eso las jóvenes te amaron. Porque por el Espíritu Santo, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (Romanos V), adecuadamente se introduce el nombre de la efusión: "Tu nombre es un ungüento derramado". Diciendo esto, la esposa contempla a las jóvenes. Cuando ella rogaba al Padre del esposo, y hablaba de cerca al mismo esposo, aún no estaban presentes las jóvenes. Pero en medio de las oraciones entra el coro de las jóvenes, y es alabado por las palabras de la esposa: "Por eso las jóvenes te amaron, y te atrajeron". Y las jóvenes responden: "Tras de ti correremos en el olor de tus ungüentos". ¡Qué bien las seguidoras del esposo aún no tienen la confianza de la esposa! 509 La esposa no sigue detrás, sino que camina al lado [Al. unida] del esposo. Toma la mano derecha del esposo, y su mano derecha la sostiene. Las siervas, sin embargo, caminan detrás de él. Hay sesenta reinas y ochenta concubinas, y jóvenes, de las cuales no hay número. Una es mi paloma, mi perfecta; una es para su madre, una es para la que la concibió (Cant. VI, 7 y 8). Por lo tanto, tras de ti correremos en el olor de tus ungüentos. A los que caminan con toda honestidad se les dice: "Tras de ti correremos en el olor de tus ungüentos", según aquello: "He acabado la carrera" (II Timoteo IV, 7); y aquello: "Los que corren en el estadio, todos corren; pero uno recibe el premio" (I Corintios IX, 24). El premio es Cristo, y estas jóvenes, que por el comienzo del amor sabemos que están fuera, según aquel ejemplo: "El amigo del esposo, que está de pie y lo oye, se goza grandemente por la voz del esposo" (Juan IX, 24), sostienen algo así. Al entrar el esposo, permanecen afuera; pero la esposa hermosa, perfecta, sin mancha, sin arruga, entra en la cámara del esposo, en el aposento real, regresa a las jóvenes, y les anuncia lo que sola ha visto, y dice.

El rey me introdujo en su cámara. No dice, nos introdujo a muchos en su cámara. Muchos permanecen afuera: en la cámara entra sola la esposa, para ver los tesoros oscuros y escondidos, y anunciar a las jóvenes: "El rey me introdujo en su cámara". Nuevamente las jóvenes, es decir, la multitud de esposas principiantes, habiendo entrado la esposa en la cámara del esposo, y viendo las riquezas de su marido, mientras esperan su llegada, cantan alegremente: "Nos regocijaremos y nos alegraremos en ti: Por la perfección de la esposa nos alegramos [Al. nos alegramos]. No hay envidia en las virtudes. Este amor es puro, este amor es sin vicio. Nos regocijaremos y nos alegraremos en ti: amaremos tus pechos. Aquella que es mayor, ya disfruta de la leche de tus pechos, y habla exultante: "Tus pechos son mejores que el vino". Estas, sin embargo, que traen regocijo y alegría, son jóvenes, traen amor, y dicen: "Nos regocijaremos y nos alegraremos en ti. Amaremos, no amamos: 510 sino que amaremos tus pechos más que el vino". Luego hablan a la esposa: "La equidad te amó". Alaban a la esposa, imponiéndole el nombre de equidad por sus propias virtudes: "La equidad te amó". Nuevamente la esposa responde a las jóvenes:

Soy negra y hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón. No me miréis porque estoy morena, porque el sol me ha mirado. Hermosa es, y puedo encontrar cómo es hermosa la esposa. Pero buscamos cómo es negra y sin blanca es bella. Hizo penitencia de sus pecados, la conversión le otorgó belleza, y por eso se canta que es hermosa. Pero como aún no está purificada de toda la suciedad de los pecados, aún no está lavada en la salvación, se dice que es negra: pero no permanece en el color oscuro. Se vuelve blanca cuando asciende a cosas mayores, y comienza desde lo humilde a subir a lo alto, y se dice de ella: ¿Quién es esta que sube blanqueada? (Cant. VIII, 5). Y para que el misterio de la perfección se describa más claramente, no dice, como se lee en muchos códices: Apoyada sobre su amado, es decir, ἐπιστηριζομένη; sino ἐπιστηθιζομένη, es decir, recostada sobre su pecho. Significativamente se dice del alma de la esposa y del discurso, recostada sobre su pecho: porque allí está el principal de nuestro corazón. Por lo tanto, alejándonos de lo carnal, debemos sentir lo espiritual y entender que es mucho mejor amar así que dejar de amar. Asciende, pues, recostada sobre el pecho de su amado, y la que ahora al inicio del Cantar se pone negra, al final del epitalamio se canta de ella: ¿Quién es esta que sube blanqueada? Entendimos cómo la esposa es negra y hermosa. Pero si tú no has hecho penitencia, cuida que tu alma no sea llamada negra y fea, y que no te ensucies con doble fealdad: negra por los pecados pasados, fea porque perseveras en los mismos vicios. Pero si has hecho penitencia, tu alma será negra por las antiguas faltas: pero por la penitencia tendrá algo, por así decirlo, de belleza etíope. Y ya que he mencionado una vez al etíope, quiero llamar a la Escritura como testigo sobre este discurso. Aarón y María murmuraron: porque Moisés tiene por esposa a una etíope (Num. XXI). Y ahora Moisés toma por esposa a una etíope. De hecho, su ley ha pasado a nuestra etíope. Murmure Aarón, el sacerdocio de los judíos: murmure también María, su Sinagoga: Moisés no se preocupa por el murmullo: ama a su etíope, de la cual se dice en otro lugar por el Profeta: Desde los extremos de los ríos de Etiopía traerán ofrendas (Sofon. III, 10); y de nuevo: Etiopía adelantará sus manos a Dios (Sal. LXVII, 32). Hermosamente adelantará. Pues así como en el Evangelio aquella mujer que sufría flujo de sangre adelantó en curación a la hija del jefe de la sinagoga (Mat. IX, Marc. V, y Luc. VIII): así Etiopía, mientras Israel estaba enfermo, fue sanada. Su delito se convirtió en salvación para las naciones, para provocarlos a celos. Soy negra y hermosa, hijas de Jerusalén. Y tú, alma eclesiástica, dirige tu discurso a las hijas de Jerusalén, y di: El esposo me ama más a mí, me quiere más a mí, que a vosotras: que sois muchas hijas de Israel. Vosotras estáis afuera, y veis a la esposa entrar en la cámara. Nadie dude que la llamada negra es hermosa. ¿Quiénes somos nosotros para conocer a Dios, para proclamar el Cantar de los Cantares, para venir

desde los confines de Etiopía, desde el extremo de la tierra, a escuchar la sabiduría del verdadero Salomón? Y cuando se escucha la voz del Salvador resonando: La reina del sur vendrá en el juicio y condenará a los hombres de esta generación: porque vino desde los confines de la tierra a escuchar la sabiduría de Salomón: y he aquí, más que Salomón está aquí (Mat. XII, y Luc. XI): escucha las cosas místicas que se dicen. La Reina del Sur viene desde los confines de la tierra, la Iglesia: y condena a los hombres de esta generación, es decir, a los judíos entregados a la carne y la sangre. Viene desde los confines de la tierra a escuchar la sabiduría de Salomón, no de aquel que se predica en el Antiguo Testamento: sino de este que en el Evangelio es mayor que Salomón. Soy negra y hermosa, hijas de Jerusalén: negra como las tiendas de Cedar: hermosa, como las cortinas de Salomón. Pues respondió a ambos: Soy negra y hermosa, hijas de Jerusalén [Al. Israel], como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón. Estos mismos nombres también concuerdan con la belleza de la esposa. Dicen los hebreos que Cedar se interpreta como tinieblas. Soy negra, pues, como las tiendas de Cedar, como los etíopes: hermosa, como las cortinas de Salomón, que en ese tiempo dispuso en el ornamento del tabernáculo, cuando construyó el templo con el mayor esmero y trabajo. Rico, pues, Salomón, y en toda su sabiduría nadie lo precedió. Como uno de estos soy negra y hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón. No me miréis porque estoy morena. Ha satisfecho sobre su negrura, y convertida a mejores cosas por la penitencia, anuncia a las hijas de Jerusalén [Al. Israel], que es negra, pero hermosa, según lo que expusimos anteriormente, y dice: no me miréis porque estoy morena. No, dice, os admiréis de que mi color sea oscuro: el sol me ha mirado, pues su resplandor de luz plena ha brillado sobre mí, y [Al. para que] su calor me ha oscurecido. Pues no recibí su luz en mí como debía, como la dignidad del sol requería. Su delito se convirtió en salvación para las naciones, y de nuevo por la incredulidad de las naciones, el conocimiento de Israel. Tienes ambos en el Apóstol.

Los hijos de mi madre lucharon contra mí. Consideremos cómo la esposa dice: Los hijos de mi madre lucharon contra mí. Y cuándo se levantó la lucha de los hermanos contra ella. Mira a Pablo, el perseguidor de la Iglesia: y entenderás cómo el hijo de su madre luchó contra ella. Los perseguidores de la Iglesia hicieron penitencia, y sus adversarios, convertidos de nuevo a las señales de la hermana, predicaron la fe que antes destruían. Esto, cantando ahora con espíritu profético, dice la esposa: Lucharon contra mí, me pusieron como guardiana en las viñas: mi viña no guardé. Yo, la Iglesia, yo, la esposa, yo, sin mancha, fui puesta como guardiana de muchas viñas por los hijos de mi madre, que alguna vez lucharon contra mí. Con tal solicitud y cuidado estricto [Al. distraída], mientras guardo muchas viñas, no guardé mi viña. Entiéndeme esto de Pablo y de cualquier otro de los santos, que está solícito por la salvación de todos: y verás cómo, no guardando su viña, guarda las viñas de otros. Cómo también, para ganar a otros, él mismo sufre pérdidas en algunas cosas. Y cuando fue libre de todos, se hizo siervo para ganar a todos: Hecho débil para los débiles, judío para los judíos: para los que estaban bajo la Ley, como bajo la Ley (I Cor., IX), y demás: y diga, mi viña no guardé. Luego ve al esposo, que se ha ido de la vista. Y frecuentemente hace esto en todo el canto, lo cual, a menos que uno mismo lo sufra, no puede entenderlo. A menudo, Dios es testigo, he visto al esposo venir a mí, y estar mucho conmigo: pero al irse de repente, no pude encontrar lo que buscaba. De nuevo, pues, deseo su venida, y a veces viene de nuevo; y cuando ha aparecido, y ha sido tomado por mis manos, de nuevo se escapa; y cuando se ha escapado, de nuevo es buscado por mí: y esto hago frecuentemente, hasta que verdaderamente lo tenga, y suba apoyada sobre mi amado.

Anúnciame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía. No busco otros tiempos, cuando al atardecer, cuando al amanecer, cuando en el ocaso del sol pastoreas:

busco ese tiempo, cuando en el día floreciente, cuando en plena luz en el esplendor de tu majestad te encuentras. Anúnciame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía (Gén. III). Observa diligentemente, donde leas mediodía. Con José, al mediodía, los hermanos celebran un banquete. Los ángeles son recibidos al mediodía por Abraham en hospitalidad (Gén. XVIII), y otras cosas de este tipo. Busca, y encontrarás que la Escritura divina no usa un discurso en vano o fortuitamente. ¿Quién, crees, es digno de nosotros, para llegar hasta el mediodía, y ver dónde pastorea, dónde descansa el esposo? Anúnciame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía. Pues si no me lo anuncias, comienzo a ser llevada errante; y mientras te busco, me encuentro en los rebaños de otros; y porque me avergüenzo de otros, comienzo a cubrir mi rostro y mi cara. Pues soy una esposa hermosa, y no muestro mi rostro desnudo a otros, sino solo a ti, a quien ya he besado. Anúnciame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía; no sea que me convierta como cubierta sobre los rebaños de tus compañeros. Para que no sufra esto, para que no me convierta en cubierta, para que no cubra mi rostro, y al llegar a otros, comience tal vez a amar también a aquellos que no conozco: por eso anúnciame, dónde te busque, y te encuentre al mediodía, no sea que me convierta como cubierta sobre los rebaños de tus compañeros. Después de estas palabras, el esposo le advierte, y dice: O te conoces a ti misma, porque eres esposa del rey, y hermosa, y hecha hermosa por mí: pues yo me presenté a mí mismo una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga (Efes. V), o sabe, que si no te conoces a ti misma, y conoces tu dignidad, sufrirás lo que sigue. ¿Cuáles son estas cosas? Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal tú en las huellas de los rebaños, y apacienta, no rebaños de ovejas, no de corderos, sino tus cabritos. Pues pondrá las ovejas a la derecha, y a la izquierda los cabritos (Mat. XXI).

Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal tú en las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos en las tiendas de los pastores. En las huellas, dice, serás la última; no entre las ovejas, sino entre tus cabritos, con los que habitando, no podrás estar conmigo, es decir, con el buen pastor. A mi caballería en los carros de Faraón te he comparado. Si quieres entender, oh esposa, cómo debes conocerte a ti misma, reconoce a quién te he comparado, y ahora verás que eres tal, que no debes deshonorarte, cuando conozcas tu belleza. ¿Qué es, pues? A mi caballería en los carros de Faraón te he comparado. Conozco al jinete esposo, diciendo el profeta: Y su caballería es salvación (Habac. III, 8). Has sido, pues, comparada a mi caballería en los carros de Faraón. Cuánto difiere mi caballería, que soy el Señor, y sumerjo en las olas a Faraón, y a sus jinetes, y a sus caballos, y a sus carros (Éxodo XIV), cuánto, digo, difiere mi caballería de los caballos de Faraón, tanto mejor eres que todas las hijas, tú esposa, tú alma eclesiástica, que todas las almas, que no son eclesiásticas. Por lo tanto, si eres un alma eclesiástica, eres mejor que todas las almas; si no eres mejor, no eres eclesiástica. A mi caballería en los carros de Faraón te he comparado, mi cercana. Luego describe la belleza de la esposa con amor espiritual.

Tus mejillas son como las de una tórtola. Alaba su rostro, y se enciende con el rubor de sus mejillas. Pues se dice que la belleza de las mujeres está en gran medida en las mejillas. Así también entendamos la belleza del alma en las mejillas. Sus labios y lengua, proclamemos su inteligencia. Tu cuello es como un collar. Como un adorno, que suele colgar del cuello de las vírgenes, y se llama ὄρμυσκοῦς (pequeño collar), así sin este adorno, tu mismo cuello es un adorno.

Después de esto, el esposo se recuesta, descansó como un león, como un cachorro de león se durmió (Gén. XLIX, 9), para que luego pueda escuchar: ¿Quién lo despertará? Mientras tanto, durmiendo él, aparecen los compañeros del esposo, los ángeles, y con estas palabras la consuelan. No podemos hacerte adornos de oro: 516 pues no somos tan ricos como tu esposo,

que te otorgue un collar de oro. Haremos una semejanza de oro; pues no tenemos oro. Y en esto también hay que alegrarse, si hacemos semejanzas de oro, si hacemos marcas de plata. Haremos semejanzas de oro para ti, con marcas de plata. Pero no en todo momento; sino hasta que tu esposo se levante de su descanso. Pues cuando él se levante, él mismo te hará oro, él mismo hará plata, él mismo decorará tu mente y sentido, y serás verdaderamente rica en la casa del esposo, esposa hermosa; a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA SEGUNDA. Desde el lugar donde está escrito: Mi nardo dio su olor: hasta el lugar donde dice: Porque tu voz es dulce, y tu forma hermosa [Al. decorosa].

515 Todas las emociones del alma, el creador del universo, Dios, las creó para el bien; pero por nuestro uso a menudo sucede que las cosas que son buenas por naturaleza, mientras las usamos mal, nos llevan al pecado. Uno de los movimientos del alma es el amor, que usamos bien para amar, si amamos la sabiduría y la verdad. Pero cuando nuestro amor cae en cosas peores, amamos la carne y la sangre. Tú, pues, como espiritual, escucha las palabras amorosas cantadas espiritualmente, y aprende a transferir el movimiento de tu alma y el incendio del amor natural a cosas mejores, según aquello: Ámala, y te guardará: rodéala, y te exaltará (Prov. IV, 8). Maridos, amad a vuestras esposas, dice el apóstol (Efes. V y Col. III); pero no se detuvo en lo que dijo: Maridos, amad a vuestras esposas: sino que, sabiendo que hay amor de los hombres también a sus propias esposas en honestidad, sabiendo que es agradable a Dios, enseñó 516 cómo los maridos deben amar a sus esposas, añadiendo: Maridos, amad a vuestras esposas, como también Cristo a la Iglesia. Y esto lo dijimos en el prólogo de lo que después se discutirá.

Porque los amigos del esposo, mientras el rey está en su descanso, pues durmió como un león, y como un cachorro de león (Gén. XLIX, 9), prometieron a la esposa, hasta que él se levantara, hacer semejanzas de oro y plata, no teniendo oro, como el esposo: y de alguna manera con otras palabras se predicó la pasión del esposo, no irracionalmente a estas cosas responde la esposa, y ella misma entendiendo una cierta disposición de la pasión, a lo que había oído: Haremos semejanzas de oro para ti con marcas de plata, hasta que el rey esté en su descanso, dice: Mi nardo dio su olor. Mi amado es un manojo de mirra para mí; entre mis pechos descansará (Cant. I, 11 y 12). ¿Cómo, pues, adaptaremos a lo que precedió: Hasta que el rey esté en su descanso, lo que sigue: Mi nardo dio su olor? El Evangelio dice que vino una mujer con un frasco de alabastro de unguento de nardo puro y precioso; no aquella pecadora, sino santa, de la cual ahora es mi discurso. Pues sé que Lucas habló de la pecadora: pero Mateo, Juan y Marcos, no hablaron de la pecadora (Luc. VII, Mat. XXVIII, Juan XI y XII, Marc.). Vino, pues, no aquella pecadora, sino santa, cuyo nombre también Juan insertó; pues era María con un frasco de alabastro de unguento de nardo puro y precioso, y lo derramó sobre la cabeza de Jesús. Luego, indignándose sobre esto, no todos los discípulos, sino solo Judas, diciendo: Esto pudo haberse vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres (Mat. XXVI, 9, y Marc. XIV, 5 y ss.), respondió el maestro y Salvador: Siempre tendréis pobres con vosotros; pero a mí no siempre. Pues esta, anticipándose, lo hizo para el día de mi sepultura. Por eso, dondequiera que se predique este Evangelio, se dirá también lo que hizo esta en memoria de ella. En figura, pues, de esta que ahora habla: Mi nardo dio su olor, aquella derramó unguento sobre la cabeza del Señor; y tú, pues, toma nardo, para que después de haber perfumado la cabeza de Jesús con un suave olor, puedas decir audazmente: Mi nardo dio su olor, y escuchar de Jesús el discurso recíproco: Porque dondequiera que se predique este Evangelio en todo el mundo, se dirá también lo que hizo esta en memoria de ella. También tu hecho será predicado entre todas las naciones. ¿Cuándo harás esto? Si te conviertes en apóstol, y dices: Somos buen olor de Cristo para Dios en todo lugar, en los que

se salvan, y en los que se pierden (II Cor. II, 15): tus buenas obras son nardo. Pero si pecas, tus pecados olerán con un hedor fétido. Pues dice el penitente: Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices a causa de mi insensatez (Sal. XXXVII, 6). No es propósito ahora del Espíritu Santo hablar del nardo, ni de lo que vemos con los ojos, escribe el Evangelista, del ungüento; sino del nardo espiritual, del nardo que dio su olor.

Fasciculus de mirra, es decir, gotas, o bien 518 gotas es mi amado para mí. Leemos en Éxodo (Cap. XXX) que una gota de ungüento, casia, gálbano, por mandato del Señor, se utiliza en el incienso, es decir, en el crisma sacerdotal. Si ves a mi Salvador descendiendo a lo terrenal o humilde, verás cómo, con gran virtud y majestad divina, una pequeña gota ha fluido hacia nosotros. De esta gota también cantó el Profeta, diciendo: "Y será, de la gota de este pueblo se reunirá Jacob" (Miqueas II, 11 y 12). Y así como, en otro sentido, la piedra fue cortada del monte sin manos (Daniel II), en la carne de nuestro Salvador: pues no fue toda la montaña la que descendió a la tierra, ni la fragilidad humana podía contener la magnitud de toda la montaña: sino que una piedra del monte, piedra de tropiezo y roca de escándalo, descendió al mundo (Isaías VIII y XXVIII, y I Pedro II): así, en otro entendimiento, se le llama gota. Era necesario que, ya que todas las naciones son consideradas como una gota de un cubo (Isaías XL, 15), aquel que se hizo todo para la salvación de todos, también se hiciera gota para liberarlas. ¿Qué no se hizo por nuestra salvación? Nosotros vacíos: y él se vació a sí mismo, tomando forma de siervo (Filipenses II; I Corintios I). Nosotros, pueblo necio e insensato; y él se hizo la necesidad de la predicación, para que la locura de Dios fuera más sabia que los hombres. Nosotros débiles (Ibid.): lo débil de Dios se hizo más fuerte que los hombres. Porque todas las naciones son consideradas como una gota de un cubo, y como el polvo de la balanza; por eso se hizo gota, para que de nuestras vestiduras procediera un olor, según aquello: "Mirra, y gota, y casia de tus vestiduras, de las casas de marfil, de las cuales te alegraron las hijas de los reyes en tu honor" (Salmo XLIV), que se dice en el salmo cuarenta y cuatro a la esposa. Fasciculus de gotas es mi amado para mí. Consideremos qué quiere decir la Iglesia con el nombre de "amado", que habla de este [Al. estos] amado, nosotros somos los reunidos de las naciones. Nuestro Salvador es hijo de su hermana, es decir, de la Sinagoga. Pues hay dos hermanas, la Iglesia y la Sinagoga; 519 por lo tanto, el Salvador, como dijimos, hijo de la hermana Sinagoga, esposo de la Iglesia, es el amado de su esposa: "Fasciculus de gotas es mi amado para mí, en medio de mis pechos morará". ¿Quién es tan afortunado de tener como huésped en el principal [ἡγεμονικῶ] del corazón, en medio de los pechos, en su pecho, la palabra de Dios? Tal es lo que se canta: "En medio de mis pechos morará". Si tus pechos no están rotos, en medio de ellos habitará la palabra divina. En el canto nupcial era más apropiado llamar pechos que pecho. Y es evidente por qué, para la exposición de lo que dice: "En medio de mis pechos morará", se ha asumido, si tus pechos no están rotos, en medio de tus pechos morará la palabra divina. ¿De dónde dije, si tus pechos no están rotos? De Ezequiel. Pues en ese lugar, donde Jerusalén es reprendida con la voz del Señor, entre otras cosas se le dice: "En Egipto se rompieron tus pechos" (Ezequiel XXV). Los pechos de las castas no se rompen: pero los pechos de las meretrices se arrugan con pieles flojas. Los pechos de las pudorosas son erguidos, y se hinchan con el vigor [Al. rubor] virginal. Reciben la palabra del esposo, y dicen: "En medio de mis pechos morará".

Racimo de Chipre es mi amado para mí. Es el comienzo del discurso en la palabra, y el comienzo de Chipre, es decir, de la floración en el brote, de donde dice: "Racimo de Chipre", es decir, "de la floración", es mi amado para mí. No para todos es racimo de Chipre: sino para aquellos que son dignos de su flor. Para otros, la uva es variada: para este solo, la que es negra y hermosa, se presenta en la belleza de la flor. Racimo de Chipre es mi amado para mí. No dice simplemente, "Racimo de Chipre es mi amado": sino con el añadido, "para mí", para

enseñar que no para todos es racimo de Chipre. Veamos, sin embargo, en qué regiones está este racimo de la esposa. En las viñas de Engadi, que se interpreta como "ojo de la tentación". En las viñas, por lo tanto, del ojo de la tentación, "Racimo de Chipre es mi amado para mí". El ojo de la tentación está en el presente. Pues en la tentación moramos en este mundo: y la tentación es la vida humana sobre la tierra (Job VII). Mientras nos movemos en esta luz, estamos en las viñas de Engadi. Si después merecemos ser 520 trasplantados, nuestro agricultor nos trasladará. No dudes que puedes ser trasladado de las viñas de Engadi a lugares mejores. Nuestro agricultor ya ha aprendido con frecuente meditación a trasladar la viña. Pues trasladaste una viña de Egipto, expulsaste a las naciones, y la plantaste. Cubrió los montes con su sombra, y sus ramas los cedros de Dios [Al. del Líbano]. Y esto, que hemos expuesto, lo ha dicho la esposa del esposo, significando su amor, y la hospitalidad del esposo que viene, cómo en medio de los pechos, y en el secreto de su corazón, el esposo que viene mora. Nuevamente, el discurso del esposo se dirige a ella, y dice:

He aquí hermosa mi prójima, he aquí hermosa, tus ojos son palomas. Ella así dice al esposo: "He aquí hermoso mi amado", no añade, "y mi prójimo". Pero cuando él le habla a ella: "He aquí hermosa", añade, "y mi prójima". ¿Por qué ella no dice: "He aquí hermoso, mi prójimo": sino solo, "he aquí hermoso"? ¿Por qué él no solo dice hermosa, sino: "hermosa eres mi prójima"? La esposa, si está lejos del esposo, no es hermosa: se vuelve hermosa cuando se une a la palabra de Dios. Y con razón ahora se le enseña por el esposo a ser prójima, y a no apartarse de su lado. "He aquí hermosa mi prójima, he aquí hermosa". Comienzas a ser hermosa, desde el momento en que eres mi prójima. Pero después de que comienzas a ser hermosa, incluso sin el añadido de prójima, eres absolutamente hermosa. "He aquí hermosa mi prójima, he aquí hermosa". Veamos también otro elogio de la hermosa, para que también nosotros imitemos ser la esposa. Tus ojos son palomas. Quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mateo V): no tiene ojos de paloma. Si alguien no tiene ojos de paloma, entra infeliz en la casa de su hermano, no guardando aquello que está mandado en los Proverbios: "No entres infeliz en la casa de tu hermano" (Proverbios XXVII, 10). (En lugar de lo que los Setenta interpretaron como "infeliz", Aquila, expresando la verdad hebrea, puso ἄγροικον). Pero quien tiene ojos de paloma, ve rectamente, y merece misericordia. Pues viendo rectamente, alcanzará misericordia. Ahora bien, ¿quién ve rectamente, sino quien 521 con mirada casta y ojos puros observa? No entiendas, por lo tanto, solo con estos ojos de carne lo que se ha dicho, aunque no es inútil entenderlo también así: sino entrando en el interior de tu corazón, y buscando otros ojos con la mente, que también son iluminados por el mandato de Dios: "El mandato de Dios ilumina los ojos": esfuérzate, trabaja, lucha, para entender santamente todo lo que se ha dicho, y cosas similares del espíritu: que en forma de paloma descendió, escucha; porque "tus ojos son palomas". Si entiendes la Ley espiritualmente; tus ojos son palomas. Si entiendes el Evangelio; como el Evangelio quiere ser entendido y predicado: ves a Jesús, toda enfermedad e infirmitud, no solo en aquel tiempo cuando se hicieron carnalmente, fue meditado [Al. meditado y meditando]: sino que hoy también está sanando; y no solo entonces descendió a los hombres: sino que hoy también descende, y está presente; "He aquí, estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mateo XXVIII; 20): tus ojos son palomas: "He aquí hermosa; mi prójima, he aquí hermosa: tus ojos son palomas". Al escuchar estos elogios de sí misma, la esposa devuelve el favor al esposo en alabanzas: no para darle lo que no tiene con su elogio: sino entendiendo su belleza, y contemplándola, dice:

He aquí hermoso mi amado. En verdad, hermoso [Al. hermosamente]. Nuestro lecho es sombreado. Busco el lecho en el que el esposo con la esposa descansa, y si no me equivoco, es el cuerpo humano. Pues aquel paralítico en el Evangelio que yacía en el lecho: y fue

ordenado por la voz del Salvador a ir a su casa, llevando su camilla, antes de ser sanado (Marcos II), yacía sobre el débil cuerpo de sus miembros, que después fue fortalecido por el poder de Dios. Así entiendo: "Toma tu camilla, y vete a tu casa". Pues el Hijo de Dios no descendió de los cielos a lo terrenal para mandar sobre camillas, y no permitir que quien se levantaba de su enfermedad se fuera sin su camilla. "Toma", dice, "tu camilla, y vete a tu casa". Y tú también, sanado por el Salvador, toma tu camilla, y vete a tu casa, para que cuando el esposo venga a ti, 522 y se recline contigo en ella, digas: "He aquí mi amado: en verdad hermoso. Nuestra inclinación es sombreada. He aquí hermoso mi amado, él es hermoso y sombreado. Pues de día el sol no te quemará, ni la luna de noche" (Salmo CXX).

Las vigas de nuestras casas son de cedro. Son palabras de la multitud. Me parece que estos hombres que están con el esposo, de los que se habló anteriormente, dicen esto, casas tejidas con vigas de cedro, y techadas con cipreses. Pues en lugar de la zarza subirá el ciprés, y en lugar del cardo subirá el mirto. Buscando, por lo tanto, de qué naturaleza son estas maderas, y encontrando el cedro incorruptible, y el ciprés de excelente aroma, trabaja también tú para construir tu casa de tal manera, que de ti también se pueda decir: "Las vigas de nuestras casas son de cedro, y nuestras techumbres de ciprés". Después de esto, el esposo habla.

Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles. Por mí, que estaba en el valle, descendió al valle, y viniendo al valle, se convierte en lirio. En lugar del árbol de la vida, que fue plantado en el paraíso de Dios, se ha convertido en la flor de todo el campo, es decir, de todo el mundo y de toda la tierra. Pues, ¿qué puede ser la flor del mundo, como el nombre de Cristo? Su nombre es unguento derramado. De otro modo: Él mismo dice: "Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles". Y esto de sí mismo. Luego, alabando a la esposa, dice: "Como el lirio entre las espinas, así mi prójima entre las hijas". Así como el lirio no puede compararse con las espinas, entre las cuales siempre surge: de la misma manera mi prójima sobre todas las hijas, es un lirio entre las espinas. Al escuchar esto, la esposa devuelve el favor al esposo, y sintiendo también su dulzura, estalla en una voz de alabanza. Pues el olor de los ungüentos, aunque exhala suavemente, y deleita el sentido con su fragancia: no es de tal naturaleza que sea agradable para comer. Sin embargo, hay algo [Al. otro], que es de excelente sabor y aroma, es decir, que deleita la garganta con dulzura, y acaricia el espíritu con su fragancia. Tal es la manzana, de esta naturaleza es, que posee ambos. Por eso, queriendo alabar no solo la benevolencia del discurso, sino también su dulzura, la esposa dice:

523 "Como la manzana entre los árboles del bosque: así mi amado entre los hijos" (Cantar de los Cantares II, 3). Todos los árboles, todas las maderas en comparación con la palabra de Dios, se consideran bosques infructuosos. Para Cristo, todo lo que digas es un bosque: y todo es infructuoso. Pues, ¿qué puede decirse que sea fructífero comparado con él? Incluso los árboles que parecían doblarse con frutos, en comparación con su venida, se mostraron infructuosos. Por eso, "como la manzana entre los árboles del bosque, así mi amado entre los hijos". En su sombra deseé, y me senté. Qué bien, no dice, en su sombra deseo, sino "en su sombra deseé": y no me siento, sino "me senté". Pues al principio no podemos tener un discurso propio con él: pero al principio, por así decirlo, disfrutamos de una cierta sombra de su majestad. Por eso también se lee en los Profetas: "El espíritu de nuestro rostro, Cristo el Señor, a quien dijimos: En su sombra viviremos entre las naciones" (Lamentaciones IV, 20); y de sombra en sombra pasamos. Pues a los que estaban sentados en la región y sombra de muerte, les ha amanecido la luz (Isaías IX, 2). Y pasamos de la sombra de muerte a la sombra de vida. Siempre son así los progresos, que al principio alguien desea al menos estar en la sombra de las virtudes. Yo creo que por eso también el nacimiento de Jesús comenzó con una sombra, y no terminó en sombra, sino en verdad. "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lucas I, 35). El nacimiento de Cristo comenzó

con una sombra. No solo en María comenzó su nacimiento con su sombra, sino también en ti, si eres digno, nace la palabra de Dios. Haz, por lo tanto, que puedas captar su sombra, y cuando seas digno de la sombra, venga a ti, por así decirlo, su cuerpo, del cual nace la sombra. Pues, "quien es fiel en lo poco, también será fiel en lo mucho" (Lucas XVI, 10). En su sombra deseé, y me senté. Ves, porque no siempre permaneció en la sombra, sino que pasó de allí a cosas mejores, diciendo: "Y su fruto es dulce en mi garganta". Yo, dice, deseé descansar en su sombra; pero después de que su sombra me protegió, también me sacié de su fruto [Al. me sacié], y digo: "Y su fruto es dulce en mi garganta".

Introducidme en la casa del vino. Afuera estaba el esposo, y fue recibido por la esposa: En medio de sus pechos descansó. Las jóvenes cercanas no son de tal índole que merezcan tener al esposo como huésped. A la multitud habla afuera en parábolas. Cuánto temo que muchas jóvenes seamos nosotros. Introducidme en la casa del vino. ¿Por qué permanezco tanto tiempo afuera? He aquí que estoy ante la puerta y llamo. Si alguien me abre, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Introducidme. Y ahora el mismo sermón divino dice: He aquí que Cristo habla, introducidme. A vosotros también, catecúmenos, os habla, introducidme, no simplemente en la casa, sino en la casa del vino. Llénese vuestra alma con el vino de la alegría, el vino del Espíritu Santo. Y así introducid en vuestra casa al esposo, la Palabra, la Sabiduría, la Verdad. Pero también puede decirse a aquellos que aún no son perfectos: Introducidme en la casa del vino. Ordenad en mí la caridad. Habló elegantemente, ordenad. Pues el amor de muchos está desordenado: lo que deben amar en primer lugar, lo aman en segundo; lo que en segundo, lo aman en primero; y lo que deben amar en cuarto, lo aman en tercero; y nuevamente lo tercero en cuarto, y en muchos el orden del amor está pervertido. Pero el amor de los santos está ordenado. Quiero, para entender lo que se ha dicho, ordenad en mí la caridad, replicar algunos ejemplos. El sermón divino quiere que ames al padre, al hijo, a la hija; el sermón divino quiere que ames a Cristo. Y no te dice que no ames a los hijos, que no te unas en amor a los padres. Pero, ¿qué te dice? Que no tengas un amor desordenado, que no ames primero al padre o a la madre, y luego a mí; que no te aferres con más amor a los hijos e hijas que a mí. Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; quien ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí (Mat. X, 37). Revisa tu conciencia sobre el afecto hacia el padre, la madre, o el hermano, y considera qué tipo de amor tienes hacia el sermón de Dios y Jesús: inmediatamente descubrirás que amas más al hijo y a la hija que a la Palabra; que amas más a los padres que a Cristo. ¿Quién, crees, de nosotros progresa tanto que tiene el amor principal y primero entre todos los sermones de Dios, que pone a los hijos en segundo lugar? De esta manera, ama a tu esposa. Pues nadie jamás odió su propia carne, sino que la ama como a su carne. Y serán, dice, dos en una sola carne (Gen. II, 24), y no en un solo espíritu. Ama también a Dios; pero ámalo, no como a la carne y la sangre, sino como al espíritu. Porque quien se adhiere a Dios, es un solo espíritu. Por lo tanto, el amor está ordenado en los perfectos. Pero para que después de Dios también entre nosotros haya orden, el primer mandamiento es que amemos a los padres; el segundo, a los hijos; el tercero, a nuestros domésticos. Pero si el hijo es malo y el doméstico es bueno, el doméstico debe ser colocado en el amor del hijo. Y así será que el amor de los santos esté ordenado. También nuestro Maestro y Señor en el Evangelio, estableciendo preceptos sobre el amor, añadió algo propio a cada amor, y dio entendimiento del orden a aquellos que pueden escuchar la Escritura diciendo: Ordenad en mí la caridad. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu mente, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza. Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Deut. VI, y Mat. XXII, y Marc. XII, y Luc. X): no al prójimo con todo el corazón, con toda el alma, y con toda la fuerza, y con toda la mente. Nuevamente, dice: Amad a vuestros enemigos (Luc. VI, 35); y no añadió, con todo el corazón. El sermón

divino no es desordenado, ni ordena cosas imposibles, ni dice: amad a vuestros enemigos como a vosotros mismos: sino simplemente, amad a vuestros enemigos; basta con que los amemos, y no los odiamos. Al prójimo, como a ti mismo. Pero a Dios con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la mente, y con toda la fuerza. Si has entendido esto, y lo has cumplido, has hecho lo que el sermón del esposo ordena: Introducidme en la casa del vino, ordenad en mí la caridad. ¿Quién, crees, de nosotros es de caridad ordenada [Al. ordenador]? Confirmadme en ungüentos. Uno de los intérpretes puso οὐρανῶν. Esta es la esposa que habla: Llenadme de manzanas. ¿En qué manzanas? Como una manzana entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos. Por eso, llenadme de sus manzanas: porque soy de amor herida. ¡Qué hermoso es, qué decoroso recibir una herida de amor! Otro recibió un dardo de amor carnal, otro fue herido por un deseo terrenal: tú desnuda tus miembros, y ofrécete al dardo elegido, al dardo hermoso: pues Dios es arquero. Escucha a la Escritura hablando de este mismo dardo; más aún, para que te maravilles más, escucha lo que el mismo dardo dice. Me puso como una flecha elegida, y en su aljaba me guardó, y me dijo: Es grande para ti esto, ser llamado mi siervo (Isai. XLIX, 2). Entiende lo que dice la flecha, y cómo es elegida por Dios. ¡Qué bienaventurado es ser herido por este dardo! Con esta flecha fueron heridos aquellos que entre sí decían: ¿No ardía nuestro corazón en el camino, cuando nos abría las Escrituras? (Luc. XXIV, 32). Si alguien es herido por nuestro sermón, si alguien es herido por la enseñanza de la Escritura divina, y puede decir, porque soy de amor herida: a este quizás le sigue aquello. ¿Por qué digo quizás? Expreso una sentencia manifiesta: Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará. La Palabra de Dios tiene sabiduría tanto en la izquierda como en la derecha, que aunque por la variedad del entendimiento es múltiple, en lo subyacente es una. El mismo Salomón enseñó sobre la izquierda y la derecha de la sabiduría, diciendo: Porque largura de días y años de vida están en su derecha; en su izquierda, riquezas y gloria (Prov. III, 16). Por lo tanto, su izquierda está bajo mi cabeza, para hacerme descansar, y el brazo del esposo se convierte en mi almohada, se reclina el principal del alma (ἡγεμονικὸν) sobre la Palabra de Dios. Su izquierda está bajo mi cabeza. No te conviene tener almohadas que sigan con lamentación. Está escrito en Ezequiel: ¡Ay de aquellos que cosen almohadas bajo todos los codos de las manos! (Ezequiel XLIII, 18). No cosas almohadas, no busques descanso para tu cabeza en otro lugar: tienes la izquierda del esposo; que esté bajo tu cabeza, y di: Su izquierda está bajo mi cabeza; que cuando la tengas, todo lo que está en la izquierda te será otorgado. Dices, pues, en su izquierda riquezas y gloria, y su derecha me abrazará. Que toda la derecha del esposo te abrace. Porque largura de días y años de vida están en su derecha: y por eso serás de larga vida y de muchos días sobre la buena tierra que el Señor tu Dios te da (Éxodo XX y Deut. IV).

Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las virtudes y por las fuerzas del campo. ¿Qué conjura la esposa a las hijas de Jerusalén? Si levantáis y despertáis el amor. ¿Hasta cuándo el amor duerme en vosotras, oh hijas de Jerusalén, oh jóvenes, en quienes no duerme, porque estoy herida de amor? En vosotras, sin embargo, que sois muchas, y jóvenes, y hijas de Jerusalén, duerme el amor del esposo. Os conjuro, pues, hijas de Jerusalén, si levantáis, y no solo levantáis, sino también despertáis, el amor que está en vosotras. El Creador del universo, cuando os creó, sembró en vuestros corazones semillas de amor. Ahora, sin embargo, como se dice en otro lugar: La justicia durmió en ella (Isai. I, 21), así el amor dormita en vosotras: según lo que también se dice en otro lugar, El esposo descansó como un león, y como un cachorro de león (Gen. XLIX). Aún en los infieles y en aquellos que tienen el corazón dudoso, el sermón divino dormita: vigila en los santos. Dormita en aquellos que fluctúan con tempestades: pero se despierta con las voces de aquellos que desean, con el esposo vigilante, ser salvados (Macc. IV). Inmediatamente, con él vigilante, se hace la tranquilidad: inmediatamente la masa de las olas se calma, se reprenden los espíritus contrarios, el furor de

las olas se silencia. Con él durmiendo, hay tempestad, muerte y desesperación. Os conjuro, pues, hijas de Jerusalén, por las virtudes y por las fuerzas del campo. ¿De qué campo? Sin duda de aquel cuyo olor es de campo lleno, al que el Señor ha bendecido (Gen. XXVII, 27).

Si levantáis y despertáis el amor: hasta que quiera la voz de mi amado. He aquí que viene saltando sobre los montes. Esto aún lo dice la Iglesia exhortando a las jóvenes, para que se preparen para la venida del esposo: si, sin embargo, él quiere venir, y ofrecerles su coloquio. Aún hablando ella, viene el esposo, a quien señala con el dedo, y dice: He aquí que viene saltando sobre los montes. Entiende a la esposa (Al. de la esposa), el alma bienaventurada y perfecta, que ve más rápidamente, contempla más rápidamente la venida del sermón, que siente que la sabiduría, que el amor ha venido a ella, y dice a los que no ven: He aquí que viene. Orad para que yo también pueda decir: He aquí que viene. Pues si puedo hablar del sermón de Dios, de alguna manera también yo digo [Al. diré]: He aquí que viene. ¿A dónde? No ciertamente donde hay valle, no donde hay lugares bajos. ¿A dónde viene? Saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas. Si eres un monte, el sermón de Dios salta en ti. Si no has podido ser un monte, pero has sido una colina, segunda del monte, saltará sobre ti. Qué hermosos y convenientes son los nombres para las cosas. Salta sobre los montes, porque son mayores: brinca sobre las colinas, porque son menores. No brinca sobre los montes, no salta sobre las colinas. He aquí que viene saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas.

Mi amado es semejante a una gacela, o a un cervatillo de los ciervos en los montes de Betel. Estos dos animales se nombran con frecuencia en las Escrituras, y para que te maravilles más, a menudo se ponen juntos. Y estos son, dice, los que comerás; poco después añadiendo, la gacela y el ciervo. También en el presente libro se nombran juntos el ciervo y la gacela. Pues de alguna manera estos animales son afines y cercanos entre sí. La gacela, es decir, dorcas, ve con gran agudeza. El ciervo es el destructor de serpientes. ¿Quién, crees, es digno de nosotros, que según la dignidad del lugar y del misterio, pueda explicar plenamente la razón? Oremos al Señor, para que nos conceda el sentido para abrir las Escrituras, y podamos decir: Cómo nos abrió Jesús las Escrituras (Luc. XXIV, 32). ¿Qué decimos, entonces? Que dorcas, es decir, la gacela, según la fisiología de aquellos que discuten sobre las naturalezas de todos los animales, recibió su nombre de una fuerza innata. Pues de lo que ve más agudamente, es decir, ὄξυδερκέστερον, se le llamó dorcas. El ciervo, por su parte, es enemigo y destructor de serpientes, de tal manera que con el aliento de sus narices las extrae de sus madrigueras, y superada la maldad del veneno, se deleita con su alimento. Quizás mi Salvador se convierte en gacela según θεωρίαν: ciervo según las obras. ¿Cuáles son esas obras? Él mismo mata a las serpientes, cuando aniquila las fuerzas contrarias. Por eso le diré: Tú aplastaste las cabezas de los dragones sobre el agua (Sal. LXXIII, 13). Mi amado es semejante a una gacela o a un cervatillo de los ciervos sobre los montes de la casa de Dios. Betel, pues, se interpreta como casa de Dios. No todos los montes son casa de Dios: sino aquellos que son montes de la Iglesia. Pues se encuentran también otros montes elevados y que se levantan contra el conocimiento de Dios, montes de los egipcios y de los filisteos. ¿Quieres saber que mi amado es semejante a una gacela, o a un cervatillo de los ciervos sobre los montes de Betel? Sé un monte eclesiástico, un monte de la casa de Dios: y vendrá a ti el esposo semejante a una gacela o a un cervatillo de los ciervos sobre los montes de Betel. La esposa percibe que el esposo se ha acercado más, quien antes se movía sobre los montes y colinas: lo asemeja saltando y brincando, y después de esto, al reconocer que ha venido a ella y a otras jóvenes, dice:

He aquí que está detrás de nuestro muro. Si has construido un muro, y has hecho la edificación de Dios, vendrá detrás de tu muro, mirando por las ventanas. Una ventana, un sentido es: por este mira el esposo. Otra ventana, otro sentido es: y por este el esposo observa

atentamente. ¿Por qué sentidos no mira la Palabra de Dios? Pero, ¿qué significa mirar por las ventanas, y cómo el esposo mira por ellas, el siguiente ejemplo lo enseñará. Donde el esposo no mira, allí se encuentra la muerte ascendiendo, como leemos en Jeremías. He aquí que la muerte sube por vuestras ventanas (Jer. IX, 21). Cuando ves a una mujer para desearla, ya la muerte ha subido por tus ventanas. Sobresaliendo por las rejas. Entiende que caminas en medio de trampas, y que pasas bajo máquinas que te amenazan. Todo está lleno de redes: el diablo ha llenado todo de trampas. Pero si viene a ti la Palabra de Dios, y comienza a sobresalir de las redes, diciendo: Nuestra alma como un pájaro ha escapado del lazo de los cazadores: el lazo se rompió, y nosotros fuimos liberados (Sal. CXXIII, 7). Benditos seamos [Al. seáis] por el Señor, que hizo el cielo y la tierra (Sal. CXIII, 15). El esposo sobresale, pues, por las rejas haciéndote camino. Jesús descendió a la tierra, se sometió a las redes del mundo. Viendo un gran rebaño de hombres atrapado en las redes: y que no podía ser roto por otro, sino por él mismo, vino a las redes, asumiendo un cuerpo humano, que estaba atrapado en los lazos de las fuerzas enemigas, te las rompió, y dices: He aquí que está detrás de nuestro muro, mirando por las ventanas, sobresaliendo por las rejas. Cuando sobresale, te dice: Responde mi amado, y dice: Levántate, ven, mi amada, te he hecho camino, he roto las redes: así ven a mí, mi amada:

Levántate, ven, mi amada, mi hermosa, mi paloma. ¿Por qué dice, Levántate? ¿Por qué apresúrate? Yo por ti soporté la furia de las tempestades; yo recibí las olas que te debían a ti. Mi alma se entristeció por ti hasta la muerte (Mat. XVI, y Marc. XIV). Me levanté de entre los muertos, rompiendo los agujones de la muerte, y disolviendo las cadenas del infierno, por eso te digo: Levántate, ven, mi amada, mi hermosa, mi paloma: porque he aquí que el invierno ha pasado, la lluvia se ha ido, las flores se han visto en la tierra. Yo, al levantarme de entre los muertos, al calmar la tempestad, he devuelto la tranquilidad. Y porque según la dispensación de la carne de la Virgen, y por la voluntad del Padre crecí, y en sabiduría y en edad prosperé, las flores se han visto en la tierra, el tiempo de la poda ha llegado. La poda es la remisión de los pecados. Pues todo ramo, dice, que permanece en mí y da fruto, mi Padre lo limpia, para que dé más fruto (Juan XV). Ten frutos, y lo que antes en ti era infructuoso [Al. fructuoso], será quitado. Pues el tiempo de la poda ha llegado.

La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra. No sin razón se toma en los sacrificios un par de tórtolas, o dos pichones de paloma: pues valen lo mismo, y nunca se ha dicho por separado, solo un par de palomas: sino un par de tórtolas, y dos pichones de paloma (Lev. I, V, XII y XIV, y Luc. II). La paloma es el Espíritu Santo. Pero el Espíritu Santo, cuando habla de los grandes y más ocultos Sacramentos, y que muchos no pueden comprender, se señala con el nombre de tórtola, es decir, en el ave que siempre habita en las cumbres de los montes, y en las cimas de los árboles; en los valles, y en aquellos que llegan hasta los hombres, se toma la paloma. De hecho, el Salvador, porque se dignó asumir al hombre, y vino a la tierra, y muchos pecadores estaban entonces alrededor del Jordán: por eso el Espíritu Santo no se convierte en tórtola, sino que se hace paloma. Entre nosotros, por la multitud de hombres, el ave más mansa se mueve. La tórtola, sin embargo, parece, por ejemplo, entender a Moisés y a cualquiera de los profetas que se retiran a los montes y desiertos, y allí reciben los sermones de Dios. Por tanto, la voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra. La higuera ha producido sus higos verdes. De la higuera conoced la parábola. Cuando su rama se ha vuelto tierna, y ha brotado hojas, sabed que el verano está cerca. El sermón de Dios quiere anunciarnos, después del invierno, después de las tormentas, que la cosecha de las almas se ha acercado, y dice:

La higuera ha producido sus higos verdes, las vides florecen, han dado su aroma. Si las vides ya se rompen en flor, vendrá el tiempo, y habrá uvas. Levántate, ven, mi amada, mi hermosa, mi paloma. Esto que hemos expuesto anteriormente, el esposo lo dice, no a las jóvenes que

escuchan, sino solo a la esposa que escucha. Queremos, sin embargo, escuchar también su sermón hablando a la esposa.

Levántate, ven, mi amada, mi paloma, y ven, mi paloma, bajo el refugio de la roca. Y Moisés es puesto bajo el refugio de la roca, para ver las espaldas de Dios en el refugio del muro (Éxodo XXXIII). Primero ven a lo que está delante del muro, y después podrás entrar donde está el muro de la roca. Muéstrame tu rostro. Hasta el día de hoy se dicen cosas similares a la esposa. Pues aún no tenía la confianza para contemplar la gloria del Señor con el rostro descubierto. Pero ahora que ya está adornada y compuesta, se le dice: Muéstrame tu rostro. Pues aún no era su voz tan dulce, que mereciera que se le dijera: Hazme oír tu voz. ¿Cuándo, entonces, aprendió a hablar? Calla, pues, y escucha, Israel: y sabrás [Al. sabe] qué dice el Señor. Y su voz se hizo dulce para el esposo, según lo profético: Que mi súplica le sea dulce. Entonces el esposo le dice: Y hazme oír tu voz: porque tu voz es dulce (Cant. II, 14). Si abres tu boca a la Palabra de Dios, el esposo te dirá: Tu voz es dulce, tu aspecto es hermoso. Por lo tanto, levantándonos, roguemos al Señor, para que seamos dignos del sermón del esposo, la sabiduría de Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.